

Carolina ya no aguanta más

Andrés Mauricio Muñoz*

Pese a que trata de entrar a su oficina con el mayor sigilo posible, su jefe se percata de su llegada porque el celular suena justo cuando alcanza el último escalón antes de entrar. Está casi veinte minutos retrasada. Hola Caro, le grita desde el fondo; no es que quiera saludarla, ella lo tiene claro, sólo quiere hacerle saber que ya se dio cuenta que ha llegado tarde. Celular de mierda, se dice Carolina en voz baja antes de asomar la cabeza en la oficina de su jefe mientras lo imagina sentado en su escritorio simulando trabajar, cuando en verdad, de seguro, está consultando el Facebook. Cómo estás, Mario, le pregunta y sonríe. Él le contesta que bien, que un poco trasnochado porque salió a cenar con Claudia para celebrarle un ascenso que le hicieron; ella te mandó muchos saludos, le dice. Tan linda *Clau*, le contesta sonriendo y se queda mirándolo un instante. Bueno, te dejo, voy a seguir con el RFP que ya está casi listo, comenta Carolina y él dice uy sí, y mira su reloj para asestarle otra indirecta.

Carolina entra a su oficina reprochándose haber llegado tarde justo ese día. Saca su laptop de la maleta. Lo conecta. Bota en la caneca algo de basura que siempre se acumula en su maletín. Mientras el equipo inicia se queda pensativa tratando de encontrar la forma de decirle a Mario que necesita el viernes. Tengo que ser convincente, se dice. Además, piensa que hace mucho no tiene sexo con Daniel y que en ese fin de semana de puente en el Kualamaná, aparte de tirar como es debido, puede aclarar un asuntico al que le ha dado muchas largas. Tengo que cogerlo cortico, dice en voz baja mientras ingresa la contraseña de inicio del sistema.

Carolina abre el archivo y lo barre por completo; en verdad, no son muchas las preguntas que le faltan por contestar. Varias de ellas son sólo carreta, se dice; en otras, sin embargo, tiene que leer un poco. Mira el reloj.

* Andrés Mauricio Muñoz (Popayán 1974): Tiene una novela publicada: "Te recordé ayer Raquel" (sic editores 2004). En el 2006 obtuvo el primer puesto en el Concurso Nacional de Cuento de la revista "Libros y Letras" con el cuento titulado "Una tarde en París". En el 2007 ocupó el primer puesto en el premio literario de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño con el cuento titulado "Pierna Obstinada". La revista Italiana *Burán* seleccionó y tradujo, en el 2007, su cuento "Dolor de Patria" para incluirlo en su antología sobre sociedades en conflicto. Actualmente colabora como director de la edición impresa de la revista "La Movida Literaria" de Colombia. Es egresado del taller de escritores de La Universidad Central (TEUC) en el 2006.

Cuando lo hace se queda contemplando su antebrazo y su mano. La piel es blanca, muy blanca; es lógico, casi todo el año encerrada en esa oficina, entra muy temprano y siempre sale tarde, cuando ya el sol se ha ido. Carolina descubre, y le perturba, lo monótona que es su vida. Por la noche todas las veces es lo mismo, hablar con Daniel, contarle lo aburrida que está y pedirle siempre algún viaje; algo corto, así sea una salida a Zipaquirá. Cuando está con la depresión alborotada, reprocharle su falta de compromiso en esa relación, donde ella es la única que pone. A veces hace *zapping* con el televisor hasta que se queda dormida. Los fines de semana duerme hasta el medio día y, en las tardes, cuando Daniel va a visitarla, se arrunchan mientras él mira un partido de tenis, la NBA, la copa UEFA o la Mustang. Él se desconecta por completo y ella, con la cabeza en su pecho, se entretiene escuchando los latidos de su corazón mientras juega con algún botón de su camisa. Me quieres, le pregunta a veces, muy suavemente, para no interrumpir mucho; claro que sí, contesta él, sin desprender los ojos del televisor. Qué tanto, continúa ella; mucho, dice él, y le soba un poco la cabeza. Todos los días, sin falta también, llama a Leo, su amigo; él lo escucha siempre y también le cuenta algunas cosas. Es su mejor amigo, amigo de infancia, de barrio, de criarse juntos. Carolina continúa mirando su mano y analiza sus dedos uno a uno y piensa que una argolla, en su anular, luciría muy bien; además así estaría mucho más tranquila. Seguir así, sin saber nada, es muy complicado, piensa y empieza a concentrarse poco a poco en el archivo que hay que terminar si quiere que le den el viernes. Hablará con alguien del hotel y pedirá una cena especial para que la lleven a la habitación, decorará todo muy lindo y le preguntará, así no más, sin tanto rodeo, con la mayor naturalidad del mundo, que qué piensa él del futuro de la relación; ella necesita saber a qué le apuesta, a qué atenerse. Quiere escucharlo de él y comprobar si está en el mismo cuento. No puede, y él lo tiene que entender, seguir si no sabe a ciencia cierta a dónde va todo esto. Carolina tiene veintiocho años; no es mucho, pero si no es él quien pasará el resto de su vida a su lado, todo se complica. De terminar la relación tendrá que esperar, como mínimo, un año antes de conocer a alguien que en verdad valga la pena; eso ya la pone en veintinueve, muy cerca de los treinta. Dos años más de relación para que, si todo sale bien, pensar en matrimonio; ahí ya estaría casi en treinta y dos. Mientras dejan pasar dos años para disfrutar el matrimonio, sin hijos, viajando y conociendo, ya son treinta y cuatro. El embarazo la tendría pariendo a los treinta y cinco; y eso, de por sí, ya es muy arriesgado. Carolina se lleva las manos a la cara y la frota. Se estresa. Intenta concentrarse otra vez en el archivo. *«La compañía deberá tener experiencia comprobada en proyectos de esta envergadura; favor especificar cada uno de ellos indicando monto del contrato, duración y una referencia debidamente soportada»*. Esta está fácil, dice Carolina; abre una hoja de Excel, crea una tablita y comienza a llenar. Hace mucho tiempo no rumbean, piensa. La última vez, lo recuerda bien, fue en la despedida de Fernando, el mejor

amigo de Daniel, que se iba para Argentina. Carolina dice que sí con la cabeza mientras recuerda que para ella el viaje de Fernando fue lo mejor que pudo haberle sucedido; siempre andaba haciendo bromas estúpidas sobre las mujeres, siempre armándole planes, haciéndolo perder. El tipo era un pesado. Levanta su cabeza y mira al techo, repara entonces en que está a punto de desprenderse la pintura, y trata de recordar en qué otros proyectos han participado. Parece haberlo recordado pues baja la cabeza y sigue hundiendo teclas en su laptop. Recuerda que un día, hace muchos años, mientras hacían la fila para entrar a una discoteca en las afueras de la ciudad, el vigilante le pidió a ella que mostrara su cédula. Buscó en todos sus bolsillos aunque sabía que no la había llevado; al final, como nadie parecía apartar su mirada de sus manos que buscaban, tuvo que reconocerlo. *Abí están pintadas*, dijo Fernando, *y no es la primera vez*; el vigilante se limitó a decir que requería comprobar su mayoría de edad. Fernando se ríe y dijo

**Carolina siente
cosquillitas en la
garganta como si
estuviese a punto de
formarse un nudo.
Piensa que no es
momento de llorar y
se concentra en el
archivo.**

Noo, pero si eso es fácil, hazte para la luz para que te vea la cara, ella es vieja; o levántate la blusa, mínimo hasta ya tiene cicatriz de una cesárea. Un imbécil completo, dice Carolina entre labios mientras busca en uno de sus cajones un fólter para consultar las certificaciones de la empresa. Lo peor de todo, recuerda, cuando estuvo a punto de matarlo, fue cuando ella se encontró con él a la salida del Andino; él, que iba con un amiga, se acercó a saludarla y le preguntó por Daniel. Ella le contestó que bien que hacía un rato habían hablado por teléfono. En un momento de la conversación la muchacha, que no conocía a Daniel, le preguntó que si ya tenía planes de casarse; Carolina, con mucha naturalidad, le contestó que no, que sentía que

aún no era el momento —aunque lo era—, y además por ahora no estaba entre sus planes. *Pero porque Daniel no te ha propuesto nada*, había dicho el estúpido picándole el ojo y dando a entender que era una broma. No, había contestado ella, siendo tajante, esa es una decisión de pareja —la otra muchacha sonreía y decía que sí con la cabeza—, el asunto no depende sólo de ustedes, también de nosotras. *Obviiiio*, recuerda que dijo el güevón ese extendiendo la *i* una eternidad, *pero luego de que les pregunten*. Carolina siente cosquillitas en la garganta como si estuviese a punto de formarse un nudo. Piensa que no es momento de llorar y se concentra en el archivo. «*La empresa deberá explicar la metodología de gerenciamiento de proyectos*» Carolina empieza a abrir y cerrar carpetas, moviéndose por todos los rincones de su explorador de Windows; mueve su mano y da *clik* por todo lado con mucha habilidad. Yo tengo eso por aquí, se dice; luego abre los ojos como a una niña a quien su padre acaba de sorprender con un regalo. Aquí está, yo

sabía, dice un poco más animada y comprueba que el nudo en su garganta ya no está.

Mientras ajusta el documento, del fondo le llega la voz de Mario que habla por teléfono y se ríe. Qué tal, piensa, el RFP ya es para el martes y él ahí, como si nada le importara; claro, como para eso está ella. Le da rabia que Mario descargue en ella todo el trabajo de la empresa; además, qué hace una economista contestando preguntas tan estúpidas: que dígame cómo hace tal cosa, que cuénteme cómo lo hace, que cómo es el soporte y la garantía de esto y de aquello. Él es el jefe, el dueño de la empresa, eso es verdad; sin embargo debería poner un poco más de sí mismo. Además, pese a que ella se lo ha pedido en varias ocasiones, necesita contratar más gente. Una compañía de sólo tres personas no tiene sentido. Por un lado está Mario, que pasa todo el día en su escritorio aunque ella no entiende muy bien qué tanto es lo que hace; Germán, el consultor, que por lo general está en *home work* y sólo va por la pequeña oficina un par de veces por semana; y ella, que desde que Mario despidió a Lorena aparte de ser economista también es documentadora y secretaria. *Si queremos crecer tenemos que vender, y este mes, por ejemplo, no se ha vendido nada; además tú sabes que la gente se contrata es ya con los proyectos*, es lo que siempre le contesta Mario cuando ella, muy sutilmente, pone el tema.

Carolina recuerda que tiene que buscar trabajo; una empresa donde de verdad valoren todo lo que ella puede aportar, donde le paguen más, al menos un salario acorde a sus años de experiencia. Necesita ahorrar y ahí no puede. Carolina se imagina trabajando en una multinacional, entrando a un edificio grande en el World Trade Center o en el Teleport Business Park; mucha gente en los pisos, compañeros de trabajo con quien salir un jueves o un viernes, al final de la tarde, a tomar una cerveza. Lo que ella necesita es no depender tanto de Daniel; abrir un espacio en la relación, tal vez así acabe la monotonía y él empiece a sentir que ella le hace falta, que la necesita mucho más cerca, que la puede perder en cualquier momento porque ella se puede enamorar de uno de sus compañeros. Carolina trata de imaginar la cara de Daniel si ella un jueves, cualquiera de tantos, saliera hasta tarde a tomar cerveza con alguien de la oficina, de la gran empresa donde merece trabajar. Piensa en su reacción si alguna vez que él la llamara en la noche ella no le dijera que está ahí, terminando un RFP, sino que está a punto de entrar a un cine, que la invitaron a comer, algo muy rápido, que no se preocupe que ya va para la casa. Pero Carolina no tiene amigos excepto los amigos de Daniel, que a la fuerza son de ella. Bueno, está Leo, su mejor amigo, pero Daniel lo ve como si en vez de ser su amigo fuera un hermano. Tampoco, sin ser muy estrictos, tiene compañeros de trabajo. Germán, las veces que va, se limita a saludarla y preguntarle una que otra cosa; Mario, su jefe, aunque no es viejo y tampoco un hombre feo, no la invitaría nunca a nada. La explicación de eso, piensa Carolina, está en el hecho de que ella ha simpatizado con su esposa. Claudia, que tiene su

misma edad, es amable con ella y cuando va a recoger a Mario pasa a saludarla, le cuenta cosas, le pregunta cosas, se ríen; incluso un día salieron toda una tarde de compras. Cuando Mario está con ellas, en algún par de ocasiones en que han almorzado juntos, es diferente con ella, como si fueran todos amigos. En la oficina, sin embargo, su amabilidad va siempre revestida de un barniz opaco; se abre una distancia entre los dos que ella no sabe muy bien cómo sortear. *«El oferente debe indicar qué roles identifica claves para el proyecto y su relación con las tareas de cada una de las fases del proyecto»*. Aquí tocó inventar, piensa; se pone un dedo en la boca y luego de un momento escribe, rápido, sin detenerse, como si un duendecito sentado en su hombro le dictara.

Carolina siente que ha perdido sus encantos femeninos. Su jefe no la desea como tantas historias de jefes que ha escuchado. Aunque, piensa de inmediato, si eso sucediera ella sabría muy bien cómo mantenerlo a raya; le pediría que respetase a su esposa y la respetara a ella. Su novio ya casi no le hace el amor. Nadie la invita a salir. Trata de recordar entonces cuándo fue la última vez que alguien intentó besarla. Fue Leo, hace cinco años, recuerda y se ríe. Estaban viendo televisión en casa de él y mientras ella le contaba cosas él se fue acercando sin dejar de mirarla; ella, aunque se le hizo muy extraño, entendió rápido lo que pasaría y calculó quitarse sólo cuando los labios hubieran alcanzado a rozarse. Recuerda que después de ese día Leo se alejó un poco y ella se preguntó, varias veces, porque había querido sentir el roce de los labios de su mejor amigo. Como Leo seguía así, distante, ella un día lo llamó y empezó a contarle cosas, como si nada hubiera sucedido.

Carolina levanta la mirada y ve a Mario parado en la puerta. Mario se le acerca con unas hojas en la mano y ella intuye de inmediato que le pedirá que le saque fotocopias. Mario se le acerca y la mirada de él le resulta un tanto extraña. Trata de proyectar una línea imaginaria desde sus ojos y piensa que apuntan en dirección de su pecho, justo donde el escote de la blusa deja insinuar algo de sus senos. Con su mano izquierda cierra un poco la blusa y descubre que Mario ahora camina despacito mientras chequea algo en las hojas. Carolina piensa que le dirá que no, que no puede, que necesita terminar el documento; además, esa no es su función, ni sacar fotocopias, ni hacerlas anillar ni enviarlas por correo. Será sutil, pero le dará a entender que él también puede hacerlo. Ella no tiene problema en ayudar de vez en cuando, pero no que haga parte de sus tareas en la empresa. Caro, por fa, le dice, necesito enviar este documento a Germán pero quiero quedarme con el original, una de cada una. Carolina permanece en silencio, mira alternativamente la cara de Mario y las hojas en sus manos; después, algo desanimada pero tratando de lucir muy natural, pregunta que si por lado y lado. Mario le contesta que sí, que no importa; aunque en hojas separadas también estaría bien. Carolina toma las hojas y las pone a su lado. Piensa que no es día para emancipaciones. Se levanta de

su puesto y baja al primer nivel de la pequeña casa acondicionada como empresa. Enciende la vieja fotocopiadora y espera a que caliente. Piensa otra vez en el fin de semana en el Kualamana; también se le antoja que puede estar al borde de una situación caótica en su vida. Y si Daniel le dice que no, que no está preparado para asumir ese tipo de compromisos, que ha descubierto que no la quiere. También es posible que él, que es un hombre sagaz, evada el tema o le de respuestas tibias para dilatar el tema. Ella no se puede dar el lujo de echar todo por la borda; en ese caso, tendría que pensar en algo y se concentra en ello adelantando la tarea. A Carolina se le antoja que irse a vivir juntos sería una buena alternativa; al menos mientras él, si es que aún no lo quiere, toma la decisión del matrimonio. Carolina piensa con desánimo que esa es una lucha tenaz y que ella no merece eso; él debería, con toda la magia del momento, como debe ser, invitarla a cenar y proponerle matrimonio. Sin embargo acepta que es una salida eficaz. Tal vez si ella le regalara un paquete de Direct Tv o Tv cable, él no tendría que ir hasta su apartamento para ver los deportes; en ese caso, ella iría al suyo y lo acompañaría. De pronto, mientras vieran un partido de tenis o una final de fútbol, ella se quedaría dormida hasta que se hiciera tarde y se vería obligada a pasar la noche allí, en el apartamento de Daniel. Así sucedería muchas veces y, de vez en cuando, previendo que eso sucediera, ella llevaría una muda para el otro día; algo mínimo, sólo ropa interior. En alguna ocasión tal vez una blusa o un jean. Después, quizá, sería buena idea dejar alguna muda en su closet, por si acaso. La aplicación rigurosa de esta estrategia podría mostrarle a él que vivir juntos no sería tan terrible. Pasaría cada vez más noches en su apartamento y luego le diría que no tendría sentido que ella siguiera pagando el suyo; le pintaría maravillas de lo que pudiesen hacer con esa plata que se ahorrarían. El estertor de la fotocopiadora vuelve a Carolina a la realidad. Mete una por una las hojas y las va retirando cuando aparecen en la bandeja de salida. Piensa que es estrictamente necesario que Mario le de el viernes libre; se reprocha también no haberle dicho antes. Tuvo toda la semana para ello y siendo hoy jueves aún no halla la manera de decirle.

Carolina entra a la oficina de Mario y le entrega todo muy bien organizado. Ha anillado también los dos paquetes. Mario los recibe y, después de darles una rápida mirada, le dice que gracias y pregunta que cómo va con el RFP Super, dice Carolina, ya casi lo termina. Cuando ella le dice que necesita preguntarle algo, él le dice que sí, que cuando vuelva, debe salir a una reunión. Carolina dice que listo, que no hay problema y sale para su oficina mientras piensa con desánimo que tal vez todo se complique.

«El oferente deberá especificar, de manera unitaria, el costo en pesos colombianos, de hora de consultoría, soporte y capacitación». Carolina busca entonces el último correo de Mario; ahí él le indicaba cuáles eran los precios que manejarían, el margen del proyecto y los descuentos aprobados. Mientras organiza su

Carolina trata de imaginar la cara de Daniel si ella un jueves, cualquiera de tantos, saliera hasta tarde a tomar cerveza con alguien de la oficina, de la gran empresa donde merece trabajar.

bandeja de correos la invade una extraña sensación. Se siente utilizada y subvalorada. Daniel, su novio desde hace ocho años, de toda la vida, la utiliza; su jefe la explota y hasta una vecina que tiene, muy querida ella, va a su apartamento sólo cuando necesita que la represente en el concejo de administración del edificio. Carolina hace memoria, analiza y concluye que su vida es una muestra constante de explotación, un museo donde es posible encontrar las diferentes manifestaciones de utilización. Su mamá la ponía a ella, la chiquita, como escudo para que su padre no los abandonara: *bazlo por la chiquita al menos*; su hermana mayor la utilizaba como coartada para salir a verse con su novio: *voy a salir con Carito*; en el colegio, dado que le gustaba leer, ella les contaba y explicaba el libro de turno a sus compañeras. Leo es el único que nunca ha sido así. Saca su celular, busca su

número y marca. El pequeño aparato en su oído le devuelve un feo y alegre vallenato que su amigo ha puesto como *BackTone*; aunque le fastidia, espera. No contesta y entonces ella cuelga. Aunque lo piensa, decide no intentar de nuevo; no está dispuesta a escuchar otra vez esa canción horrible. Carolina piensa que ella, sin quererlo, ha utilizado a Leo. De pronto él, también, ha tenido muchas cosas por contarle pero no ha podido porque ella siempre ocupa a lo largo y a lo ancho todas las conversaciones. Carolina encuentra el correo y copia la tabla de precios en el documento; sin embargo, decide, tendrá que darle formato.

Carolina mira la hora y descubre que se pasó el tiempo y no almorzó. Sin embargo, hace un barrido por el documento y ve que no es mucho lo que aún le falta y decide continuar. Se concentra. No piensa más en nada de su vida. Su mente sólo registra números, cronogramas, fases, tareas, estrategias, formas de pago e hitos de proyecto.

Sus dedos escriben con ligereza. Sus pupilas se dilatan y brincan de un lado para otro y nada en ella da cuenta del tiempo que transcurre. De vez en cuando, es posible escucharla que susurra algo entre dientes mientras lee y se mueve por todo el documento. A veces, apoya el codo en la mesa y descansa la cara en su mano. Por momentos parece que se ha quedado dormida; sin embargo, de un momento a otro quita su brazo y continúa escribiendo con mucha excitación. Ya está, se dice. Creo que no le falta nada. Con el ánimo exaltado se levanta y va hasta la cafetera y se sirve un café. El documento está perfecto. Mira la hora. Van a ser las siete. Se preocupa. No es posible que Mario no haya regresado. Se pregunta aterrorizada qué pasará si Mario no vuelve; ella necesita pedirle el día ya, Daniel la recogerá muy temprano en la mañana. Toma su celular y le marca. Escucha un

repique muy cerca de ella, en la oficina de él; se asoma y ve el pequeño teléfono encima del escritorio, vibrando y sonando. Maldita sea, dice Carolina desesperada, mucha güeva, cómo es que lo deja. Camina hasta la ventana y se asoma. La gente ha empezado a salir de sus trabajos. Hay mucho trancón. Ve una pareja de novios, muy jóvenes, que caminan de la mano. Una señora atraviesa la calle corriendo. En el frente, en el Block Búster, una pareja de esposos suben a su carro; la mujer lleva a un bebé en sus brazos y el hombre un pequeño maletín donde, intuye Carolina, irán guardados biberones, baberos y de pronto guantecitos. El hombre se sube en el puesto del conductor y la mujer atrás. Ella le habla algo al bebé. El carro arranca mientras ella sigue vigilándolos. Un bus aparece y obstruye la visión de Carolina. Se empina, mueve su cabeza para un lado, se corre. Cuando el bus se detiene para recoger a alguien, que le ha alzado la mano, a Carolina no le es posible encontrar de nuevo el carro.

Carolina escucha la chapa de la puerta, en el primer piso. Aguza su oído y escucha cómo Mario entra y sube corriendo las escaleras. Hola, le dice ella, mientras le sale al paso, en el pasillo, antes de que él alcance su oficina. Hola, le contesta él, mientras le cuenta que sólo ha venido por su celular. Ella le dice que ya tiene listo el RFP y él le dice que qué maravilla, que mañana pasará Germán un rato por la tarde para revisarlo con ella y que también el sábado; no quiere correr riesgos, es una oportunidad muy importante y no se pueden dar el lujo de perderla. Ella le dice que quería pedirle el viernes, tiene un viaje familiar y quisiera aprovechar el puente; él, mientras mira en su celular si tiene llamadas perdidas, le dice que no cree que sea conveniente y además es preciso que revisen el documento con Germán, ya cuadró con él. Mario le dice a Carolina que se ven el martes, si cualquier cosa puede llamarlo al celular; sale de viaje con Claudia. También le dice que ella le manda muchos saludos. Mario baja las gradas y Carolina vuelve a la ventana mientras siente que algo en su interior comienza a descoserse. Mira por la ventana, se ha despejado un poco el tráfico. Unos instantes después ve a Mario aparecer abajo caminando hasta su carro. Se sube. Hay otro parqueado delante de él y también atrás; esto dificulta un poco la salida. Carolina infiere que no hay buena visibilidad. Claudia, que está en el asiento del lado, mira algo que tiene entre sus manos. Carolina observa una camioneta que viene y calcula que, de pronto, se choque con la trompa del Chevrolet de Mario, que ya está un poco fuera. Mira alternativamente la camioneta y el carro de Mario que retrocede y se adelanta de a poquitos; no quiere que sea nada serio, sólo lo suficiente para que a ellos también se les arruine el viaje. La camioneta se mueve hacia un costado y sigue de largo. Mario empieza a salir, muy despacio. Claudia, sin saber por qué, mira instintivamente hacia arriba y descubre a Carolina en la ventana. Baja su cabeza para alcanzar a verla bien y la saluda efusiva con la mano. Carolina se queda mirándola por un instante; entonces sonrío y mueve su mano con algo de efusividad también. **bU**